

La rebeldía involuntaria.

Por qué algunos cuestionan el orden y otros lo aceptan.

1. Las condiciones de la duda.

Hay una escena que se repite en la vida de cualquiera que haya trabajado en una oficina, una fábrica o una institución. Alguien plantea una solución, se toma una decisión y, de pronto, alguien se levanta para preguntar: ¿Por qué se hace así?

Esa voz, a menudo, es recibida con incomodidad, silencios tensos o un "siempre se ha hecho así". El que pregunta es señalado como un problema, como alguien que no encaja o como un rebelde.

La tesis de este ensayo es que la rebeldía no es un mérito moral ni una elección libre, sino una condición. Del mismo modo, la conformidad no es una señal de estupidez, sino una estrategia de supervivencia. Unos y otros no eligen su rol en el teatro social, sino que es la vida quien les coloca en él. La cuestión en la que se centra este ensayo no es quién es mejor, sino qué circunstancias determinan que unas personas cuestionen la realidad y otras la acepten sin hacerse grandes preguntas.

Con ese objetivo, este escrito desarrolla cinco ideas:

- La conformidad es la opción más racional en un sistema que premia la obediencia.
- La rebeldía nace de una combinación de biografía, posición social y sensibilidad ética.
- El sistema necesita a los dóciles para funcionar, pero también necesita a los rebeldes para no estancarse.
- El precio de la rebeldía es la soledad y la exclusión, mientras que el precio de la conformidad es la pérdida de la propia vida
- La única sociedad habitable es la que no obliga a elegir entre la sumisión y el heroísmo.

2. La fábrica de la conformidad.

La mayoría de las personas no se cuestionan el orden establecido. Y no es porque sean ignorantes o cobardes, sino porque el sistema está diseñado para que la conformidad sea la opción más cómoda, segura y racional. Desde la infancia, la escuela nos enseña a obedecer, levantar la mano, esperar el turno y no salirnos del guion. El trabajo nos exige disciplina, adaptación y lealtad.

El sistema no necesita convencer de que las cosas son justas, le basta con lograr que cuestionarlas sea demasiado caro. La psicología social denomina "justificación del sistema" a las personas que tienden a creer que el mundo en el que viven es justo y merecido, incluso cuando les perjudica, porque aceptar lo contrario generaría una ansiedad insostenible. Es más fácil creer que el paro es culpa de los parados que asumir que el sistema está diseñado para generar precariedad.

La conformidad es, en muchos casos, una estrategia de supervivencia. El que no cuestiona conserva su trabajo, mantiene a sus amigos y evita el conflicto. El que pregunta se arriesga a la exclusión y el ser humano, como animal social, teme la exclusión por encima de casi todo. La conformidad no es un defecto moral, es el precio de la pertenencia.

3. La anatomía de la rebeldía.

Si la conformidad es la norma, ¿qué hace que algunas personas se salgan de ella? La respuesta no resulta sencilla de construir, pero hay tres factores que se repiten.

El primero es la posición en el margen. Quien no encaja en el sistema desde el principio (ya sea por su origen, orientación sexual, clase social, discapacidad o su forma de ser) tiene menos que perder cuestionándolo. Además, si el sistema ya le ha excluido, no tiene miedo a que le excluya más. Los márgenes son un lugar privilegiado para ver el centro con nitidez.

El segundo es la sensibilidad ética. Hay personas que no pueden soportar la injusticia aunque no les afecte directamente. Sienten una empatía desmedida o una indignación que no pueden reprimir. Como decía el psiquiatra Viktor Frankl, hay personas que tienen un sentido de la justicia que les impide callar ante el abuso, aunque les cueste la vida.

El tercero es la educación crítica. No en referencia a tener un título universitario, sino a haber sido expuesto a la duda, el debate o la posibilidad de pensar de otra manera. Quien ha aprendido a preguntar no puede desaprender. Y eso le convierte en una amenaza para el sistema.

4. El precio de la lucidez.

Los rebeldes no lo tienen fácil. El sistema no premia al que cuestiona, le castiga. Los datos sobre acoso laboral y movilidad profesional confirman que los empleados que señalan irregularidades o desafían el consenso del grupo son, a menudo, apartados, ignorados o despedidos. En el ámbito político, los disidentes son señalados como traidores, y en el ámbito social, son tachados de aguafiestas o de radicales.

El precio de la lucidez es la soledad. El que ve lo que los demás no ven, a menudo, no puede compartirlo con nadie. Como la Casandra de la mitología, que predecía la tragedia y nadie la creía, el rebelde carga con una verdad que le aísla y esa soledad puede ser devastadora. Muchos rebeldes terminan agotados, deprimidos o resignados.

Sin embargo, los rebeldes son la conciencia de la sociedad. Sin ellos, el sistema se cerraría sobre sí mismo, se volvería más injusto y cruel. Los derechos de los trabajadores, el sufragio femenino, la abolición de la esclavitud o la protección del medio ambiente no fueron conquistas de los dóciles, sino de los que se atrevieron a preguntar. El sistema les castiga, pero les necesita.

5. El premio de la obediencia.

El que obedece no lo hace mal. Obtiene, a cambio, seguridad, aceptación y una vida más tranquila. La conformidad tiene sus recompensas.

El que no cuestiona conserva su puesto de trabajo, no tiene conflictos con sus vecinos y puede dormir tranquilo. Y eso no es poco en un mundo incierto.

Pero el premio de la obediencia tiene un coste oculto, la pérdida de la propia vida. El filósofo Byung-Chul Han describe al sujeto neoliberal como alguien que se autoexplota convencido de que se está realizando. El conformista acepta las reglas del juego, pero se olvida de que él también podría cambiarlas. Vive una vida que no ha elegido, pero que le han vendido como la única posible.

El problema no es que el conformista sea feliz, sino que, a menudo, no lo es, pero no sabe cómo salir de la jaula porque no ha aprendido a cuestionarla. La conformidad no es una vida plena, es una vida soportable y soportable no es lo mismo que buena.

6. La sociedad que necesita a ambos.

La cuestión no es cómo eliminar la rebeldía o la conformidad, porque ambas son condiciones inherentes a la vida social.

Una sociedad que castigue la rebeldía se volverá rígida, autoritaria y estancada. Y una sociedad que no ofrezca cauces para la conformidad (entendida como la posibilidad de vivir sin conflicto) se tornará caótica y agotadora. La sociedad ideal no es la que convierte a todos en rebeldes o a todos en dóciles, es la que permite que la rebeldía no sea un camino de sufrimiento ni la conformidad una forma de renuncia.

Para lograrlo, hacen falta instituciones que protejan al que denuncia, no al que encubre; una educación que enseñe a pensar, no a obedecer; un mercado laboral que no castigue la disidencia; una cultura que valore la duda y no la sumisión; y una política que permita transformar el sistema sin tener que arriesgar la vida para hacerlo.

La sociedad que merece la pena es la que no obliga a nadie a elegir entre ser un mártir o un esclavo.